

La lingüística para los nuevos tiempos

DR. GERARDO ALVAREZ*

Intertexto, sin duda. Y como tal, guiñada de ojo al interlocutor. La polifonía es voluntaria. Resuena en este título un discurso ambiente que conocen todos los destinatarios de esta intervención¹ (ciudadanos chilenos, universitarios, interesados tanto en la *res* académica como en la *res* pública). Para los demás, una breve explicación: "para los nuevos tiempos" se ha transformado en una muletilla verbal corriente entre los chilenos desde que fuera profusamente utilizada por el candidato Eduardo Frei (posteriormente elegido Presidente) para su campaña electoral en 1993.

Y para ambas audiencias, una explicación suplementaria: no se trata, para el infrascrito, por el subterfugio del comportamiento intertextual, de unirse al coro de la corriente socio-política dominante, como un renovado cualquiera. Lejos de eso, mi intención es más bien hablar de los caminos que puede tomar la ciencia del lenguaje en las próximas décadas. Hablar de una cierta forma de enfocar la lingüística que puede resultar extremadamente útil para su intervención en la sociedad chilena actual y futura. Mi intención es hablar de la palabra y del derecho a la palabra como uno de los derechos humanos funda-

*Gerardo Alvarez. Doctor en Lingüística. Universidad de París. Profesor Universidad de Concepción.

¹Este texto es una versión revisada de la intervención inaugural del Prof. Alvarez, en abril de 1994, en el ciclo de coloquios organizado por el Programa de Estudios Graduados en Lingüística.

mentales, y hablar del lenguaje como atributo esencial y definitorio del ser humano.

EL PODER DE LA PALABRA

En efecto, tan consubstancial es la palabra a lo humano que incluso cuando el hombre crea a Dios, lo construye a su imagen y semejanza. Y por lo tanto lo reviste de la palabra como una de sus características fundamentales. Por ello, si ustedes se han fijado, Dios-como entidad edeológica, es decir como criatura del mundo de las representaciones mentales- tiene como atributo esencial la palabra, el verbo. Y este ser supremo realiza "actos performativos", como se dice en lingüística: con su palabra crea el mundo. Ahora bien, esto, que para muchos podría parecer simplemente una herejía más, para mí no lo es. Por el contrario, me parece que la creación del Dios-hombre constituye un momento primordial en la historia de la humanidad. Es hacer del hombre el Dios, y de cada hombre una parte de ese Dios. Por ello, cualquiera de nosotros puede coincidir con la afirmación de la Iglesia en el sentido de que atentar contra un ser humano es atentar contra lo divino que hay en cada uno de nosotros. Y para venir a nuestro tema, atentar contra la palabra humana es atentar contra lo que el hombre tiene de más sagrado.

El hombre no tiene el poder de crear el universo con su palabra, pero el universo del hombre está creado con la palabra. No hay actividad propiamente humana que no esté mediada por el lenguaje, por la palabra. Sin duda que la competencia interactiva del hombre es anterior al desarrollo del lenguaje y constituye una condición previa para éste. Pero todos tenemos la impresión que cuando no hay actividad lingüística, las conductas interactivas de los humanos se acercan a la máquina o al animal.

LA PALABRA DEL PODER

La palabra, decíamos, define al hombre. Le permite construir su universo y, en alguna medida, compartir el universo de los demás. Es sin duda por eso que una de las primeras medidas del poder dictatorial es la de suprimirle al adversario el derecho a la palabra. Privarlo de su atributo esencial. Impedirle el acceso al discurso público, y también, en la medida en que pueda hacerlo, coartarle incluso el uso del discurso privado. Tarea pendiente para los lingüistas, los sociólogos y los historiadores chilenos es la de estudiar y describir cómo la dictadura militar procedió no sólo a ocupar todo el espacio del discurso público en Chile (monopolio de la televisión, confiscación de radioemisoras y empresas periodísticas, destrucción de imprentas...), sino también cómo llevó a cabo una tarea sistemática de renominación del mundo: las cosas se llamarían en adelante como lo determinara el poder militar. La lucha por el nombre de las cosas aparece como algo más sutil, pero quizás tan importante para el proyecto dictatorial como el esfuerzo organizado por ocupar todo el espacio del discurso público y tiene que ver sin duda con su mesiánico proyecto refundacional de la nación.

Es también tarea pendiente el pesquisar y repertoriar la palabra torturada durante ese período histórico infausto. En efecto, la práctica militar de la tortura también tiene que ver con lo discursivo, con la palabra. Una de sus formas, es la privación de la palabra, el confinamiento, el aislamiento respecto de los congéneres. Pero sin duda la forma más bestial es la tortura para obtener "confesión". Los franceses la llaman "la question" -la pregunta- como en el título de la famosa obra de Henri Alleg sobre la tortura practicada por el ejército de ocupación francés en Argelia. La práctica de la tortura tiene por objeto llevar al acusado a "confesar", es decir a producir emisiones verbales, orales o escritas, por medio de las cuales "reconoce su culpabilidad", la describe, la pormenoriza. El acusado, reducido a la condición de cosa, recupera su condición humana -desde el punto de vista del torturador- por el ejercicio discursivo de la confesión: emite un texto, lo firma (es decir

recupera su identidad que había sido anulada), e ingresa en el universo discursivo de la culpabilidad. Luego ese texto será exhibido como prueba, será difundido en los medios de prensa, devendrá discurso público: es decir, será una pieza más en la construcción ideológica que el poder dictatorial impone al conjunto de la ciudadanía.

Un especialista podrá protestar: las condiciones de producción del discurso no son tomadas en cuenta, el enunciado es movilizado para hacerle cumplir otras funciones, o emitir cualquier otra bella consideración teórica. No importa. El público no es lingüista. El poder totalitario cuenta con el hecho de que "monsieur tout le monde" raciocina sobre la base de una lógica elemental: *"El (o ella) confesó, por lo tanto, es culpable"*. Otra tarea pendiente para los lingüistas y sociólogos "de los nuevos tiempos" es estudiar la práctica generalizada bajo la dictadura de obtener confesiones por medio de la tortura, examinar los textos producidos en esta situación particular, la forma de circulación de estos textos, su utilización ideológica, etc. En este terreno, parece que el campo literario nos lleva ventaja. Pienso por ejemplo, tanto en la presencia de testimonios de tortura en algunas piezas de teatro, incluso durante la dictadura misma, como en el estudio teórico de estas producciones artísticas por los especialistas en estudios literarios.

Sin duda, el que ello ocurra no depende sólo de la voluntad de los especialistas de la lingüística para hacerlo. Para que se emprenda tal tipo de investigaciones es necesario que se produzca por lo menos, un triple movimiento en el campo de las ideas. Primero, que los lingüistas, -o una buena parte de ellos- dejen de considerar que la lingüística se reduce sólo a la fonología y a la morfo-sintaxis, y que, en consecuencia, los fenómenos discursivos no tienen cabida en ella, o son apenas periféricos, marginales. Segundo, que los científicos, en un sentido más general-lingüistas, pero también sociólogos, psicólogos, etc.- dejen de lado una especie de pudor que les impide tocar temas que la ideología dominante suele calificar de "políticos", para descalificarlos. Dicho de otro modo, que se legitime este tipo de investigaciones dentro

del campo de lo que la comunidad universitaria valoriza como "científico". Y tercero, que de una vez por todas -y con todas sus consecuencias- se acepte la idea que el lenguaje es una institución social, tanto en su desarrollo como en sus manifestaciones. Es decir, que no se relegue el lenguaje como práctica social a una "sociolingüística", que aparece como añadidura, como apéndice de "lo central", que estaría constituido por el "núcleo duro" de la fono-morfo-sintaxis.

EL CARACTER INEVITABLEMENTE SOCIAL DEL LENGUAJE

En efecto, siguiendo a Labov, podríamos decir que la expresión misma de "sociolingüística" es tautológica. El estudio del lenguaje en su contexto social es lisa y llanamente la lingüística. O dicho de otro modo, la lingüística puede difícilmente soslayar el carácter social del lenguaje. En el proceso de hominización -construcción del hombre-, el lenguaje y el trabajo en común son fundamentales. El lenguaje organiza el conocimiento humano; es el vector principal de lo que Berger y Luckmann, en un tratado clásico de sociología del conocimiento llaman "la construcción social de la realidad" y "la autoconstrucción del hombre": "El proceso por el cual se llega a ser hombre se produce en una interrelación con un ambiente", y esta interrelación pasa esencialmente por el lenguaje.

Para decirlo en términos de "competencia", como se hace en lingüística: la competencia de comunicación del ser humano no puede concebirse sino dentro del marco mayor de una competencia sociocultural que consiste en procesos continuos de cognición social (van Dijk), que van construyendo representaciones socialmente compartidas de la realidad. Citando a Berger y Luckmann: "El lenguaje objetiva las experiencias compartidas y las hace accesibles a todos los que pertenecen a la misma comunidad lingüística, con lo que se convierte en base e instrumento del acopio colectivo de conocimiento".

Sin lenguaje no hay prácticamente ser humano. Sin comunicación humana por medio del lenguaje no hay ciencia, no hay cultura, no hay acumulación colectiva del saber. Es por ello que la lingüística ocupa un lugar importante como ciencia auxiliar de numerosas otras disciplinas. Pensemos, por ejemplo, en el rol relevante que en ciencias como la psicología o la sociología tienen las entrevistas o las encuestas como medio de recopilar los datos que van a servir de fundamento a las investigaciones. Ahora bien, entrevistas y encuestas son interacciones verbales, que sitúan frente a frente a un entrevistador y a un entrevistado (o encuestador y encuestado) en una posición en la que las relaciones de fuerza y de poder simbólico no están ausentes, como lo señala muy bien Bourdieu. No estaría de más que los futuros profesionales de estas disciplinas recibieran una formación en lingüística de la enunciación, para que estuvieran, por ejemplo, atentos a los fenómenos de contenidos semánticos implícitos en las preguntas (presuposiciones, inferencias, etc.) y al funcionamiento del juego de imágenes que se produce entre los participantes en la interacción (y al hecho de que los individuos muchas veces responden en función de estas imágenes socialmente interiorizadas).

Pensemos en otra disciplina, como la Historia. Parece correcto señalar que la historia es un discurso sobre la historia. Los hechos históricos no hablan; siempre alguien habla por ellos. Parece, luego, que la vía principal de acceso a los hechos históricos son los discursos sobre estos hechos históricos. Pareciera por lo tanto que sin un manejo crítico de la estructura y el funcionamiento de los discursos humanos, un historiador no puede ir muy lejos. (Por eso, sorprende leer en un programa de Magister en Historia una lista de asignaturas sin duda pertinentes, como sociología o literatura, pero en la cual no aparece la lingüística. Es de suponer que esos estudiantes reciben una formación lingüística en el pre-grado).

Tomemos el caso de Ingeniería. El futuro ingeniero aprende sin duda a construir puentes, o a manejar sistemas de computación, o a concebir proyectos de desarrollo industrial o comercial. Pero, para llevar a efecto todo aquello, tiene que saber comunicarse con otros seres humanos por medio del lenguaje. Como decimos nosotros, tiene que saber construir textos y discursos coherentes y adecuados a la situación de comunicación en la cual tiene que participar. Tiene que ser capaz de responder a preguntas como: ¿con quién estoy hablando?, ¿con un ejecutivo, con un obrero, con un inversionista? ¿Qué sabe él de este tema? ¿Cómo lo afecta? ¿Qué quiero lograr yo de él? ¿Qué imagen tengo que dar de él, de mí, de mi empresa? ¿Cómo lo hago para que entienda mi punto de vista? ¿Qué argumentos le pueden llegar mejor?...

No hay para qué seguir ejemplificando. El punto esencial sería el siguiente: una buena formación en lingüística parece ser indispensable tanto para la formación científica en un determinado campo, como en el ulterior desempeño profesional en ese campo. Pero, claro, no se trata de cualquier lingüística. No se trata de instruir a estos profesionales en los secretos de la fonología, ni en los meandros de la morfo-sintaxis. Las discusiones sobre los fonemas y sus posibles alófonos, o sobre los alomorfos cuya distribución puede estar o no regulada fonológicamente, o sobre el parámetro del sujeto nulo, todas estas preocupaciones teóricas que hacen la delicia de los lingüistas -y que son absolutamente legítimas para los especialistas de esta disciplina-, tienen poca cabida en un programa de formación lingüística para estudiantes de otras disciplinas. Lo que ahí se necesita es una formación en análisis del discurso y en lingüística del texto.

EL LENGUAJE EN LA INFRAESTRUCTURA DEL PAIS

El flamante ministro de Obras Públicas, don Ricardo Lagos, ha señalado con énfasis que la misión de ese ministro será la de dotar al país de la infraestructura necesaria para poner a Chile a la altura del siglo XXI. Sostuvo el ministro que "se requiere en primer lugar atender

a las necesidades de infraestructura social y potenciar la infraestructura para el desarrollo, junto con fomentar la capacidad exportadora del país". (*La Epoca*, 15-III-1994). Difícil es no coincidir con el ministro en estos planteamientos. Lo que se puede agregar es que el elemento más importante de la infraestructura de un país es el ser humano. No podemos seguir con la filosofía heredada de la dictadura militar que vea el desarrollo del país como un asunto meramente material, dominado por las leyes del mercado. Se está imponiendo -¡por fin!- la idea de que la inversión en salud y en educación es fundamental para el desarrollo integral del país. Está claro que sin una población sana, sin una población educada, no dejaremos de ser un país del tercer mundo, por mucho que aumente nuestra capacidad exportadora.

Y en esta educación, nosotros podemos poner el acento en el lenguaje. Este país necesita profesionales, trabajadores, hombres y mujeres que tengan una cultura comunicacional que les permita expresarse -oralmente y por escrito- en las diversas situaciones de comunicación, formales e informales, en que tienen que intervenir. Y que sean capaces de entender instrucciones, de comprender manuales especializados, de entender el lenguaje de los cursos de formación profesional en los que tienen que participar.

Lo que quiero subrayar es que la educación, y en particular la adecuación lingüística de los ciudadanos, es un elemento de la infraestructura de un país, quizás tanto como la capacidad de construir puentes y de pavimentar carreteras. Para ello, nosotros tenemos que ser capaces de elaborar una lingüística que pueda servir para desarrollar estos recursos humanos. Tendríamos que ser capaces, como universidad, de formar expertos en comunicación humana (como quiera que se les llame), que puedan manejar y transmitir tanto los usos transaccionales o funcionales como los usos artísticos o expresivos del lenguaje; expertos que puedan trabajar en las empresas, en los hospitales, en los comercios, en las industrias, es decir en todos los lugares donde el hombre tiene que comunicarse con sus semejantes.

TAREAS DE LA LINGÜÍSTICA COMO RECURSO

¿Cuáles serían las tareas principales de la lingüística como recurso? La respuesta sin duda tendría que ser elaborada entre los interesados. Pero hay algunas cosas que ya sabemos y actividades que ya están desarrollándose:

-en el área de la salud, tendríamos que contribuir a formar profesionales que atiendan a niños, adolescentes o adultos que presenten problemas en la formación y en la utilización del sistema de comunicación humana (que por supuesto, van mucho más allá de los aspectos puramente fónicos).

-en el área de las relaciones empresariales o industriales, formar técnicos en comunicación industrial, es decir especialistas que entiendan el problema de las comunicaciones al interior de las empresas.

-el área de los sistemas informáticos, hay que formar expertos que asocien la formación lingüística con el manejo de los instrumentos de la computación, es decir, que sean capaces de construir programas computacionales para el aprendizaje y la práctica de las técnicas del idioma.

-en el área de las técnicas de expresión, hay que formar expertos que puedan desarrollar en los jóvenes la capacidad de comunicar en todos los contextos necesarios: oralmente o por escrito, en cara a cara o a distancia, en público o en privado, con fines transaccionales o artísticos, etc.

-en el área del discurso público, debiéramos ser capaces de crear un centro de estudios que examinara el funcionamiento del discurso público en Chile. Estudiar en particular quiénes (qué individuos, qué grupos) controlan la palabra pública en el país. Sin olvidar, por supuesto, que la palabra es poder, y que el control de la palabra es un elemento crucial del control del poder. Pero no sólo estudiar quién controla la palabra -en el sentido de acceso al discurso público (van Dijk)-, sino también de qué se habla (qué temas se imponen al ciudadano) y cómo se habla de

aquello de lo cual se habla (qué representación de la realidad se está imponiendo a los individuos). Parafraseando la frase de Orwell ("*Todos somos iguales, pero hay algunos más iguales que otros*") podemos decir que si el hombre participa por medio del lenguaje en la construcción social de la realidad, hay algunos que participan mucho más en esta construcción -la orientan, la dirigen, la manipulan-, porque controlan y acaparan el discurso público. En Chile, se han hecho mapas de la extrema riqueza y de la extrema pobreza. Los lingüistas deberíamos ser capaces de elaborar mapas de la extrema palabra y de la escasa palabra.

LA LINGÜÍSTICA PARA LOS NUEVOS TIEMPOS

¿Cuál sería entonces el tipo de lingüística que habría que desarrollar para hacer frente a todos estos requerimientos? (Además, por supuesto, de continuar con el cultivo de las investigaciones en fonología y morfo-sintaxis). Esta es también una pregunta que habría que responder colectivamente. Pero desde mi ángulo personal, puedo afirmar que se trata fundamentalmente de una lingüística

- textual*, en el sentido que debe ayudar a desarrollar, o acrecentar en los individuos la capacidad de construir esas piezas mayores de la comunicación verbal, que son los textos;
- discursiva*, en el sentido de que debe contribuir a revelar el papel que juega el discurso no sólo en la regulación de las relaciones humanas, sino también en la construcción de esas representaciones mentales que funcionan como si fuesen la realidad;
- comunicativa*, o "centrada en la comunicación humana", como fenómeno constructor del yo y del nosotros, del hombre y de la sociedad;
- abierta a la interdisciplinariedad*, en el sentido de que los lingüistas deben estar dispuestos a colaborar y a recibir los aportes de la sociología, de la antropología, de los especialistas en literatura, etc., para estudiar el funcionamiento de los discursos humanos en todas sus dimensiones; y

-crítica, en el sentido de estar dispuesta a estudiar no sólo la estructura formal de los discursos, sino también cómo funcionan estos discursos en el ejercicio y en la reproducción del poder dentro de la sociedad. Y, por qué no, una lingüística crítica del propio discurso de la lingüística y de los lingüistas.

CRITICA DE LIBROS